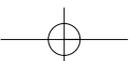
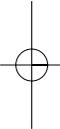
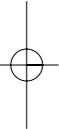
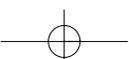
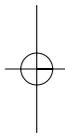
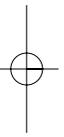
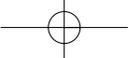


## TIEMPOS DE CONMOCIÓN





## El trágico prelude de la Guerra Civil

Poco conocemos de sus actividades en los comienzos de 1936 que no sea lo relacionado con su trabajo clínico y quirúrgico y su actividad representativa al frente del Colegio de Médicos, en la Comisión de Monumentos y en el Consejo de Cultura. Es natural. Eran tiempos en los que la crispación empezaba a ensombrecer el porvenir y a manifestarse hasta en los lugares más insospechados, alterando el curso normal de la vida.

Carlos Juaristi recordaba posicionamientos políticos dentro de la misma clínica. “Arraiza un día me llegó a decir que era ‘fachista’. Y aunque dentro de la clínica ya se sabía por los rumores de la calle, yo le recomendé discreción. Cuando le añadí que dados los tiempos que corrían, afirmaciones de aquella naturaleza no eran buenas para la clínica ni tampoco para él, porque le podían dar un susto, él me contestó que no tenía miedo, afirmando que estaba preparado para defenderse, enseñándome una pistola”<sup>1</sup>. De la misma manera, Jesús Amézketa, botones del Ateneo por aquellas fechas, también los recordaba dentro de la institución; “Allí coincidían gentes de muy diverso pelaje, incluso pertenecientes a partidos y entidades políticas enfrentadas ideológicamente, gentes hasta entonces amigadas en una especie de entente cordial, arbitrada por la figura de don Victoriano, que era amigo de todos y al que todos querían y respetaban pese a no ser ya el presidente de la institu-

<sup>1</sup> Conversaciones con Carlos Juaristi en el verano y el otoño del año 1988.

Entiendo que la afiliación del doctor Daniel Arraiza a Falange Española, de la que sería nombrado Jefe Provincial a comienzos de la Guerra Civil, es algo tan de sobra conocido como para que no sea necesario insistir en ella. A quien esté interesado en el tema le recomiendo el libro de Jaime DEL BURGO, *Conspiración y guerra civil*, publicado en 1970 por Alfaguara.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

ción. Pero en aquellos últimos meses había empezado a notarse una cierta tirantez, que hasta iba a sentirse en el desarrollo de sus actividades<sup>2</sup>. Aunque de nuevo iba a ser don Victoriano quien mostrara la medida exacta de la situación en uno de sus escritos de la revista del Colegio; *Los médicos y la política*: “si el médico se dedica a encender o atizar hogueras pasionales y descuida sus obligaciones, no pida al Colegio le defienda ante el Gobernador o el Juez. Los médicos cabecillas aténganse a las duras y a las maduras, gocen del éxito, si lo alcanzan y les lleva al banco ministerial; y sufran el fracaso si les conduce a la expatriación o a la cárcel”<sup>3</sup>.

Pese a ello, conocemos algunos datos puntuales sobre sus actividades antes del 18 de julio. Su marcha a Barcelona, invitado como ponente a un curso de cirugía digestiva organizado por el doctor Corachán en el Hospital de Santa Cruz y San Pablo, donde sería recibido como uno de los personajes notables de la medicina española del momento<sup>4</sup>, en el que expuso el tema “*La neurofibromatosis intestinal*”, publicado días después en el número de febrero de la *Revista de Cirugía de Barcelona* y en el de mayo de la *Revista Navarra de Medicina y Cirugía*; revista esta última en la que todavía aparecerían algunas de sus notas colegiales en los números anteriores al mes de julio. Escribió para *Publicaciones de Clínica y Laboratorio*, de Zaragoza, *El hueso metaplásico*. Así como, en otro orden de cosas, en *Vida Vasca*, de Bilbao, sacó a la luz su artículo *A César Borgia le han levantado un monumento en Viana Navarra*. Intervino en el homenaje póstumo rendido por Irún a Alfonso Morales Miota, poniendo su nombre a una de las calles de la ciudad<sup>5</sup>. Finalmente, todavía organizó —o, por lo menos, intervino con José María Huarte en su organización—, un último acto en el Ateneo Navarro en el mes de junio, la “Exposición del Libro”. Una exposición que ya tendría un mal fin. Clausurada a principios de julio, y habiendo quedado los libros recogidos en la sede del Ateneo, fue en parte expoliada

<sup>2</sup> Conversaciones con Jesús Amézqueta en el otoño del año 1988.

<sup>3</sup> V. JUARISTI, “Los médicos y la política”, *Revista Navarra de Medicina y Cirugía*, Colegio de Médicos de Navarra, mayo de 1936.

<sup>4</sup> En la exposición organizada por el Gobierno de Navarra en 1988, se expuso en una de las vitrinas un suelto de *La Vanguardia* en el que se le presentaba como tal, hoy desaparecido.

<sup>5</sup> E. NAVAS, *Irún en el siglo XX*, Tomo I, 1977. Fotografía XLVIII.

y quemada al ser tomado el local por gentes de Falange Española el 19 de julio<sup>6</sup>. Jesús Amézketa contaba que, al percatarse de lo que estaba sucediendo, avisó a José María Huarte, quien no tardó en personarse, recogiendo con su ayuda y la de algún ateneísta que estaba entre los falangistas<sup>7</sup>, los libros que pudo y la máquina de cine de la institución, llevando todo a su despacho de la Diputación<sup>8</sup>.

Uno de los personajes de la novela *Plaza del Castillo* de Rafael García Serrano, don León, en un monólogo que siempre impresionó a los lectores de la novela, dice refiriéndose al tiempo venidero: “Os dedicáis a hociocar en su tumba (el pasado pamplonés) sin ver que ya se está abriendo la que nos tragará a todos: a vosotros, a mí, a nuestros recuerdos, a la plaza del Castillo, a la calle Estafeta, al encierro, al Santo, a las cadenas de las Navas, a los aldeanos del Iruña y a la Turca, esa perla de la alcahuetería mediterránea al pie del Pirineo, al obispo, a los mocetes que corren delante de Napoleón, a Trinidad, al que baila la reina negra, a los rojos y a los blancos, al de don Nicanor tocando el tambor y al presidente de la Audiencia... Esto es la invitación al vals de la muerte; la danza de la muerte, que va a abrirse, y el bastonero anda ya dando golpes de aviso”<sup>9</sup>.

Y pese a que muchos españoles, el mismo don Victoriano, nunca creyeron que aquella danza pudiera llegar a comenzar, desgraciadamente comenzó, encendiendo el país en una de las guerras más bárbaras y crueles que imaginarse pueda, cuya sombra todavía divide y enfrenta al general de los españoles, como si aquella no fuera ya demasiada sangre derramada.

## Los años de contienda

No seré yo quien se atreva a contar cómo fueron aquellos negros tres años de guerra de tan dolorosa memoria aún, setenta años después. Ten-

<sup>6</sup> Hay una fotografía del asalto, en la que se distingue a Rafael García Serrano en el balcón, publicada en “La Guerra de España”, *La Actualidad Española*, vol. I, fasc. 5, Madrid, 1971, p. 100.

<sup>7</sup> Creo que los hermanos Pérez Salazar.

<sup>8</sup> Conversaciones con Jesús Amézketa en el otoño del año 1988.

<sup>9</sup> R. GARCÍA SERRANO, *Plaza del Castillo*, 2001, p. 93.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

go demasiado respeto a lo que sucedió y a los males que desde entonces coleean apasionadamente sobre la sociedad española como para atreverme a hacerlo. Pero sí sé que todavía veo llorar a mi madre, y hasta nublarse los ojos de mi padre, un hombre ponderado en extremo, para que su solo recuerdo me conmueva hasta en lo más profundo de mi ser ¡Dios no quiera!

Fernando García de Cortázar en el ya citado prólogo de *Así llegó España a la Guerra Civil* escribe: “La Guerra Civil fue la consecuencia del fracaso de una sociedad, pero no fue inevitable, ni su latido de sangre puede explicarse con el determinismo de una tragedia. Ocurrió, pero pudo no haber ocurrido. La Guerra Civil no fue una necesidad histórica, ni un designio divino. Ocurrió, y el silencio roto de las armas, el resoplar de los odios, la sombra de los muertos colándose por las mirillas de las puertas, por las ventanas, por las calles petrificaron el porvenir de aquellos españoles del verano de 1936, todos ellos perdedores de algo: la vida, la decencia, la libertad, la ilusión, la infancia, la inocencia”<sup>10</sup>.

De cómo vivieron Pamplona y Navarra aquel tiempo crucial de la historia de la España contemporánea hay abundantes testimonios escritos, históricos y fabulados, en prosa y en verso, de todos los colores, signos y maneras. A ellos remito a todos los interesados en el tema. En cuanto a cómo la vivió don Victoriano, partiendo de la base de que hasta en las guerras la vida continúa en la retaguardia, habrá que decir que tuvo que enfrentarse, a sus cincuenta y seis años, a la situación creada por la contienda en representación de su papel de presidente del Colegio de Médicos de Navarra. Desde él arbitraría medidas destinadas al socorro económico y material de los voluntarios navarros y hasta escribiría en *Revista Navarra de Medicina y Cirugía* un medido editorial de circunstancia: “La vida de la Nación ha salido tumultuosa y dolorosamente de su cauce y busca uno nuevo. La vida profesional la sigue,

<sup>10</sup> F. GARCÍA DE CORTÁZAR, Prólogo de *Así llegó España a la Guerra Civil. La Guerra Civil Española. Mes a mes*, p. 7.

Como nota curiosa, reproduzco una parte de la dedicatoria que escribe Camilo José de Cela en *San Camilo, 1936*: “A los mozos del reemplazo del 37, todos perdedores de algo: de la vida, de la libertad, de la ilusión, de la esperanza, de la decencia”, Noguer. Barcelona, 1975.

como siempre, prestando sus humanitarios servicios que están siendo muy necesarios en estos momentos en que la sangre se vierte sin medida. Los médicos navarros se están comportando de modo ejemplar. Tal es su esfuerzo generoso, que cuesta trabajo retenerlos en campos de paz, donde sin riesgo pueden ejercer su siempre útil ministerio. A todos los que caen, asisten con diligencia y compasión, sin mirar el color de su bandera. Así ha de ser, pues así juramos nuestra profesión, y así conservaremos la estimación que nuestra clase ha ganado, cuando la terrible tormenta pase y quede sereno el cielo de nuestra Patria. Así sea mañana”<sup>11</sup>.

Después, respondiendo como médico cirujano que también era —pasados los momentos iniciales de la guerra en los que de entrada había puesto la “Clínica de San Miguel” al servicio de los heridos en los frentes de combate—, se incorporaría voluntariamente al Hospital Militar de Pamplona, donde ya trabaja su hijo Carlos, y en el que sería nombrado jefe de uno de los equipos quirúrgicos, asimilado con el grado de capitán. En él había de trabajar hasta bien entrado 1939<sup>12</sup>, momento en el que con la contienda terminada su presencia en él dejó de ser necesaria. Si bien continuaría bastante tiempo prestando su asistencia desinteresada a los heridos en “su” clínica. Con motivo de su despedida, las gentes del Hospital Militar le rindieron un cálido homenaje de agradecimiento, junto a su hijo Carlos, presidido por su director, el comandante médico Marcelo Barbiela, y en el que intervendría Luis Lizarraga en nombre de los soldados hospitalizados<sup>13</sup>. Con posterioridad, las autoridades militares reconocerían sus servicios nombrándole Comandante Honorario.

Lógicamente, la guerra había de salpicarle, como le sucedió a la inmensa mayoría de los españoles. Máxime cuando, también como le sucedió a la mayoría, tuvo amigos en los dos bandos y hasta en su propia familia sufrió el enfrentamiento, como ya se ha comentado. Pero de aquello han quedado poco más que algunos recuerdos deslavazados; la utilización de los bajos de la clínica y del chalet en el que vivía como

<sup>11</sup> *Revista Navarra de Medicina y Cirugía*, Pamplona, julio de 1936.

<sup>12</sup> “Medio siglo atrás. Homenaje a dos médicos”, *Diario de Navarra*, 31 de mayo de 2006.

<sup>13</sup> “Homenaje a los doctores Juaristi”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 1939.

SALVADOR MARTÍN CRUZ



Don Victoriano rodeado por el personal femenino del Hospital Militar de Pamplona, con motivo del homenaje que se le rindió a él y a su hijo Carlos en 1939.

refugio de algunos perseguidos, lo que si ya era peligroso en una situación como aquella, en su caso lo era más aún, dado, que Daniel Arraiza vivía en otro de los chalets que había en el recinto de San Miguel; la asistencia, en secreto, a algún perseguido o herido, también a algún escapado del Fuerte de San Cristóbal; la obligada asistencia a la cárcel de Pamplona en su papel de presidente del Colegio de Médicos para certificar la muerte de algunos fusilados<sup>14</sup> ¡Cómo tuvo que pasarlo un hombre como él; liberal, generoso y amigo de todos!

Lo demás iba a ser un anecdótico de hechos puntuales más o menos conexos. Tampoco podía ser de otra manera, dado el flujo de heridos que los frentes de combate vertían sobre el Hospital. A veces más o menos conexos. Como cuando acudió a Burgos en representación del

<sup>14</sup> Conversaciones con Terica Juaristi en el otoño y el invierno del año 2005 y la primavera del 2006.

Colegio de Médicos a la I Reunión del Consejo General de Colegios Médicos de España, o a Valladolid en 1937, a la II Reunión del Consejo, en la que sería nombrado vocal del mismo<sup>15</sup>. A veces inconnexo, como es el caso de su participación en el Congreso de Ciencias de Santander, celebrado en 1938, presentando el trabajo realizado en colaboración con su hijo Carlos *Notas quirúrgicas del Hospital Militar de Pamplona*, posteriormente editado en Publicaciones del Colegio Médico de Navarra y en la *Revista Navarra de Medicina y Cirugía*, o el de su intervención ante las nuevas autoridades intentando salvar algunas vidas. El más conocido, parece ser que no el único<sup>16</sup>, es el de la maestra María Camino Oscoz, que había sido apresada por ser comunista, sin que al final consiguiera que respetaran su vida<sup>17</sup>.



Don Victoriano en torno a 1940.

Cuenta Pío Baroja en *La guerra civil en la frontera*: “El doctor Victoriano Juaristi quiso salvar a la muchacha, y le aconsejó que no se mostrara orgullosa, sino que dijera que tenía verdaderos deseos de arrepentirse, que se mostrase amable y que se confesase para salvar la vida.

<sup>15</sup> El nombramiento es de fecha 24 de junio de 1937.

<sup>16</sup> Carlos Juaristi quería recordar por lo menos algún caso concreto más, dando incluso nombres y apellidos.

<sup>17</sup> Hay en el archivo familiar de los Juaristi una carta de la Junta de Defensa Nacional de España, fechada en Burgos el 12 de agosto de 1936 (para entonces María Camino ya había sido asesinada y abandonado su cadáver en el monte), en la que queda registrada la mediación.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

La chica rechazó estas sugerencias con desdén<sup>18</sup>. Fernando Pérez Olló, responsable de la edición del libro, piensa que don Victoriano y su yerno Antonio San Juan fueron los más importantes informadores de don Pío sobre lo que acaecía en Navarra durante aquel tiempo. Desde luego que solo a través suya pudo conocer su actuación directa en el caso de María Camino Osoz<sup>19</sup>.

Ya en 1938, escribe en *El Pensamiento Navarro* un emotivo artículo; *Intelectual y soldado* en recuerdo de uno de sus más queridos amigos de Pamplona, Alfonso de Gaztelu, muerto en el frente como Capitán de Requetés, ejerciendo de enlace del Estado Mayor “nacional” en la batalla del Jarama. Un escrito que convendría leer despacio y en el que después de hablar del amigo: “El mismo día en que leíamos la llamada de Pemán a los intelectuales, perdíamos al que con más simpatía y motivos podía representar a nuestra juventud intelectual”, recordando su queja en una de las escapadas a Pamplona por los asesinatos de retaguardia y en una carta escrita a lápiz en pleno frente, llegadas hasta don Victoriano burlando la censura militar, en las que clama contra el asesinato de los hermanos Cayuela<sup>20</sup>, dice: “Ningún soldado cristiano queda con esa sed (de castigo) para evitar la cual ‘fue crucificado’”. En las bellas cartas de los moribundos que habéis trascrito, ninguno habla de esa terrible sed, sino de perdón y de amor. En las cartas de este soldado de clara inteligencia y de corazón transparente como sus ojos, que fue Alfonso Gaztelu, nunca asomó el rencor espantoso para después, sino la sed de amor fraterno. Cuando la hora del triunfo, ya próximo, sea llegada, el ‘castigo’ ya estará sobradamente cumplido y los Cruzados, rodilla en tierra, repetirán ‘así como nosotros perdonamos a nuestros deudores’<sup>21</sup> ¡Había que atreverse a escribir aquello entonces! Y, finalmente, el de la aparición en la *Revista Navarra de Medicina y Cirugía* del artículo *Tengo 25 años*, nota conmemorativa del aniversario de la revista.

<sup>18</sup> P. BAROJA, *La guerra civil en la frontera*, 2005, p. 51.

<sup>19</sup> F. PÉREZ OLLÓ, “La guerra civil en la frontera”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 26 de junio del 2005, pp. 58-59.

<sup>20</sup> La carta, que estuvo expuesta en la exposición de 1988 en una de las vitrinas, ha desaparecido.

<sup>21</sup> V. JUARISTI, “Intelectual y soldado”, *El Pensamiento Navarro*, Pamplona, 14 de marzo de 1938.



*Santa Madre Teresa de Jesús* por Victoriano Juaristi. 1932. Escultura colocada en el Convento de la Encarnación de Ávila, a la salida de la huerta en una hornacina en la fachada de la Iglesia, justo detrás del Sagrario. (Fotografía: Convento de la Encarnación. Ávila 2007).

Habría que añadir que pese al sangriento drama que vivía España, don Victoriano, sacando fuerzas de flaqueza, iba a realizar una escultura sedente, de dimensiones reales, de Santa Teresa de Jesús para el Convento de la Encarnación, de Ávila, en parte respondiendo a una promesa hecha a las monjas en 1935. Contaba Carlos Juaristi glosando a su padre que, “aquellas ‘pobres niñas’ desnutridas y enfermas le habían abierto el corazón”, en parte como escapatoria a la realidad inmediata. Una escultura que recibiría la aprobación y las bendiciones de un escultor de la importancia de Aniceto Marinas<sup>22</sup>. De la misma manera que, en esta ocasión movido por la circunstancia, iba a inter-

venir, junto al ingeniero Erice, en la restauración del Monumento a Roldán, en Ibañeta<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> El capellán del convento remite una nota de agradecimiento fechada el 13 de mayo de 1938, en la que, además, hace constar las alabanzas a la obra del escultor Aniceto Marinas.

La obra se conserva en el huerto del convento, en una hornacina que domina todo el entorno, a cubierto de la intemperie.

<sup>23</sup> V. JUARISTI, “Roncesvalles y la Canción de Roldán”, *Revista Geográfica Española*, San Sebastián, 1939, p. 72.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

## El inicio de la posguerra

Pero el tiempo pasa y la vida sigue, y con los albores de la paz, también la de don Victoriano iba a seguir adelante. Su dolor y su amargura “el mismo se los pagaba”, con su yerno preso primero en Córdoba, luego en Úbeda y, finalmente, en el Fuerte de Guadalupe, en el Jaizkibel, condenado en juicio de guerra sumarísimo a cuatro penas de muerte, salvándose “in extremis” por la intervención del capellán de Franco, don Mateo Múgica, quien había puesto en la frontera al comienzo de la guerra llevándole personalmente en su coche oficial, así como a los historiales de guerra de la familia de su mujer<sup>24</sup>.



Don Victoriano y su madre ante la puerta de su domicilio en el chalet de la Clínica San Miguel, en 1940.

Contaba Emilio Sánchez Cayuela, recordando su primer regreso a Pamplona tras la guerra y su encuentro con él en plena calle, que: “Aquel hombre optimista y bueno le terminaría confesando haber perdido la ilusión y hasta la alegría de vivir”<sup>25</sup>. Su trabajo profesional todavía tendría mucho que ver con la marea posbélica. La Clínica San Miguel no podía ser una excepción al margen de lo que sucedía en los demás centros hospitalarios de la ciudad, y aquella guerra cainita y atroz dejó tras de sí un largo reguero de heridos, mutilados y enfermos precisados de atención y cuidado. Allí seguiría trabajando con nuevos socios.

<sup>24</sup> Conversaciones con Julio San Juan Juaristi. Don Victoriano llegó incluso a vestir de militar en los actos oficiales para demostrar su adhesión a la causa.

<sup>25</sup> S. MARTÍN CRUZ, *Emilio Sánchez Cayuela. Gutxi*, Caja Navarra, Pamplona, 2001, p. 65.

El doctor Daniel Arraiza se había dedicado abiertamente a la política y su parte en la clínica iba a pasar a manos de otros médicos, empezando por Carlos Juaristi, que todavía no lo era y siguiendo por los doctores Pascual Ipiens, Antonio Jarne y Juan Lite, amén de la comunidad de monjas de la clínica<sup>26</sup>.

Hay un artículo del *Diario de Navarra*, “Los servicios de la enfermería de la Plaza”, en el que se da cuenta de que la “normalidad” empezaba a ganar cada día nuevas parcelas en la vida de la sociedad navarra y también había llegado a la enfermería de la Plaza de Toros en los sanfermines de 1939, donde junto con otros profesionales, trabajaban codo con codo don Victoriano y su hijo Carlos<sup>27</sup>. En ella, el 8 de julio, intervendría a Clara Herrera, luego trasladada a San Miguel, cogida de



Cogida de Clara Herrera de Larequi el 8 de julio de 1939.

<sup>26</sup> Conversaciones con Terica Juaristi en el otoño y el invierno del año 2005 y la primavera del 2006.

<sup>27</sup> “Los servicios de la enfermería de la plaza”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 13 de julio de 1939.

SALVADOR MARTÍN CRUZ

gravedad por un murube escapado del encierro después de romper el vallado. Aquel día sí que debió de funcionar el “capotico de San Fermín”. “El toro, citado por un corredor subido en el vallado, rompió los tablones. Clara Herrera de Larequi asistía con tres hijos: María Jesús, de 13, Ignacio, de 12 y Aurelia, de 11 años. La madre está caída de rodillas y el toro hace por la pequeña. La mujer se da cuenta y cita al toro. Aurelia se libra. María Jesús corre con el bolso de su madre, tendida y corneada en la ingle y glúteo. Estuvo 34 días en el hospital. El toro fue abatido por un guardia civil frente a la puerta principal de la plaza” escribe Fernando Pérez Ollo, comentando 3 fotografías del momento, en *La Plaza de Toros de Pamplona*<sup>28</sup>.

Pero todavía habría de pasar bastante tiempo hasta que pudiera decirse que su vida había empezado a restañar las heridas dejadas por la guerra, nunca cicatrizarían del todo, como no podía ser después de lo que le tocó vivir directamente —y por algunos comentarios de sus familiares solo conocemos algo, muy poco, de ello—, normalizándose de una forma más o menos general.

Por eso, no es de extrañar que los capítulos representativos y culturales de sus actividades aparezcan casi en blanco, excepción hecha de alguna nota colegial en *Revista Navarra de Medicina y Cirugía* y un par de publicaciones concretas. Por un lado, “*Roncesvalles y la Canción de Roldán*”, aparecido en *Revista Geográfica Española*, artículo antológico en el que habría de pasar revista a la batalla de Roncesvalles y sus posibles interpretaciones, a los ya comentados trabajos de excavación realizados por el canónigo de Roncesvalles Agapito Martínez Alegría en el solar de la vieja capilla de Carlomagno y de Roldán, de Ibañeta, y hasta a los actos de la conmemoración del aniversario en 1934 de la aparición del manuscrito de la *Canción de Roldán*, sin olvidarse de los avatares sufridos por el monumento erigido con motivo de la conmemoración (Anexo 4). Por el otro, el comentario crítico *Tres pintores*, de *Diario de Navarra*, sobre una exposición de Basiano, Erenchun y González de Echávarri en la tienda de Atanasio Martínez, en el que después

<sup>28</sup> F. PÉREZ OLLO, *La Plaza de Toros de Pamplona (1922-1997)*, 1997, p. 49.

## TIEMPOS DE CONMOCIÓN

de titular a Basiano como “el pintor de cámara de S. M. el paisaje de esta tierra” y alabar la constancia de Erenchun “que se está haciendo pintor sin ver pintura ni oír a quien le hable de ella”, en razón de su aislamiento geográfico, felicita al doctor González de Echávarri, pintor aficionado, por su colección de apuntes de guerra, recuerdo de tanto sufrimiento, heroísmo y abnegación<sup>29</sup>.

<sup>29</sup> V. JUARISTI, “Tres pintores”, *Diario de Navarra*, Pamplona, 4 de agosto de 1939.

